

REVISTA

DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Bogotá, Febrero 1.º de 1910

A VETE

A nuestros Superiores y Catedráticos, á los condiscípulos del año anterior que retornan, como aves de paso, á este nido del alma; á los que se abrigan por vez primera bajo las alas del *Alma Mater*; á los lectores amigos de nuestra humilde REVISTA, que empieza hoy el sexto año de su vida:

Feliz año nuevo, con el favor de Dios, la intercesión de la *Bordadita*, el amparo de nuestro egregio Fundador, cuyas cenizas duermen en la capilla, cuya efigie en bronce señorea desde el centro del claustro, con la diestra extendida, que protege, pero no amenaza.

PEREDA

JUZGADO EN FRANCIA

(Sábase que la literatura española moderna es poco menos que ignorada en Francia. Han trascendido el Pirineo los nombres y las obras de Donoso Cortés y Balmes. La información política hizo conocer á Castelar. Es interesante, pues, el juicio de un excelente crítico, M. V. Jeanroy-Félix, sobre el glorioso autor montañés de *Sotileza y Peñas Arriba*. Traducimos y extractamos en seguida el estudio sobre Pereda, que figura en la obra *Les grands écrivains du XIX siècle*).

Cerca de los Pirineos de Vizcaya, en los de Asturias, nació en 1841 D. José María de Pereda, célebre escritor é insigne novelista católico. Singular comarca aquella, donde florecen las leyendas tan románticas y frondosas como en las riberas del antiguo Rin, ó en las abruptas cimas del Tirol.

Pereda pasó, no sólo la infancia sino la vida entera, en aquella tierra dominada por lo maravilloso, en las vértebras de la montaña que conserva la fe tan candorosa é intacta como en la Edad Media; en los valles estrechos, decorados de gigantescos murallones grises, entre ramilletes de místicas flores. Escapó á la dolencia de modernos autores, que se sonrojan si no siguen corrientes exóticas; y, obediendo á un maravilloso instinto de conservación, ha guardado, puros de toda mezcla, los rasgos castizos de la raza cantábrica. No hay por qué asombrarse, ni razón de censurarlo, si Pereda tuvo por verdaderas aquellas frases que se leen diariamente en los periódicos de allá: *España es la primer nación del mundo; el pueblo español es el más valiente de la tierra.*

Pereda no frecuentó, como los noveladores franceses de fines del siglo pasado, la bodega en que Ibsen se entretenía haciendo graznar los patos, ni siguió cursos de psicología, sino andando entre dos pares de almadreñas; no fue discípulo de Tolstoï, como tantos mozos franceses, influidos por Feuillet y por Malot. Las obras de Pereda no son como las que se escriben hoy aquende el Pirineo, perpetuo plagio de los romances heteróclitos y lánguidos, engendrados por el Norte en el seno de las nieblas.

Hijo piadoso de España, Pereda no renegó de su madre, ni consintió en que le pusieran la camisa de fuerza con que las escuelas de moda aprisionan á sus discípulos. Se le daba una higa de lo que entienden por novela *naturalista, psicológica, fisiológica* y qué sé yo qué más; y los que hemos leído y saboreado sus novelas nos hemos persuadido de que maldita la falta que le hicieron aquellos ingredientes.

Bastóle el espectáculo que tenía delante, y ¡qué alma de pensador y de poeta no se hubiera contentado con ello! Aquí las olas tumultuosas y oscuras del mar cantábrico; allí los picos pintorescos de los montes, con sus rellanos tachonados de casucas, de paredes roídas por la tempestad; abajo los maizales, cuyas hojas murmuran al rozarse unas con otras al soplo de las marinas brisas; arriba los pinares que resisten á las inclemencias del tiempo, y las chumberas, de hojas carnosas y rígidas erizadas de espinas, erguidas á imagen del Hidalgo manchego. Pereda vivió enamorado de su ciudad natal, con calles, paseos y marina. "He conocido otras peores."

¡Ironías de los planes humanos! La familia de Pereda soñó para con él las brillantes charreteras de oficial de artillería, y lo matriculó en Madrid en la escuela respectiva. Por fortuna allí se interpuso un obstáculo infranqueable: el futuro Drouot no acertaba con los problemas algebraicos, y las matemáticas no le hacían palpar el corazón. ¿Qué hacer? Volverse al calorcillo de la casa, y ensayar la pluma en *El Tío Cayetano*, uno de los periódicos de entonces.

Mientras hallaba cosa mejor en qué emplearse, se ensayó Pereda de periodista, y se estrenó con artículos antirrevolucionarios por esencia. Entre tanto, empezó á escribir novelas acentuadamente realistas, y combatió así, quizá sin pretenderlo, la novela de aventuras, tan en boga á la sazón en Europa. Mas preciso es trazar el lindero exacto entre el realismo español y el francés; entre la escuela de Pereda y la de Zolá.

El segundo de estos realismos es grosero, repugnante; el primero reproduce crudos ciertos rasgos del carácter español, pero sin exagerar la fealdad, sin buscar en la pintura de lo innoble elementos de éxito popular. Si muestra las roñas y lepras, alienta los esfuerzos de reacción moral; y junto á las sombras del vicio resplandecen los anhelos por lo ideal. En eso se conoce el escritor honrado, que busca fama y dineros en la sal y pimienta del escándalo en

cueros vivos, y, sin embargo, ¡qué problema el de pintar, sin sombras discretas, sin prudentes atenuaciones, las tempestades tremendas, las manifestaciones estrepitosas del alma popular española! Porque el español, tan cortés en el trato íntimo, tan caballeroso en lo ordinario de la vida, cuando ve muertas las esperanzas y desvanecidas las ilusiones, se entrega á los arrebatos de una indignación que se traduce en unas palabrotas que sonrojan y amilanan hasta á los oyentes menos timoratos y vergonzosos.

Habilísimo artífice de la pluma, Pereda encontró el medio de conservar aquella rebozante sonoridad del lenguaje popular, cuya supresión arrancaríala al relato toda verosimilitud. Y, sin embargo, no agotó, como Zolá, la lista de los terminachos infames que componen el dialecto de arrabal; evitó todo lo obsceno, lo verde, y reemplazó tales expresiones por otras, irreprochables para el culto lector, pero que conservan, por selección sapientísima de sílabas sonoras, todo lo pintoresco de la lengua popular, sin nada de lo repugnante y asqueroso.

Iba Pereda siguiendo, sin considerables tropiezos y con marcado favor del público, su doble carrera de novelador y periodista, cuando fue electo diputado á Cortes. Lo único que sacó de ahí, fue un disgusto enorme por la política. Aquel hombre íntegro, leal y recto se indignó á la vista de los compromisos indignos á que tiene que someterse la ambición. Si no andamos errados, se fue á Cortes católico y carlista, y volvió á la Montaña tan católico como antes, pero indiferente á las formas de gobierno.

Volvió al cultivo de las letras, y su primera obra *El buey suelto*.... desarrolló la tesis contradictoria de las *Petites misères de la vie conjugale* de Balzac. Con pormenores rebosantes de chispa, muestra lo que es la vida de un solterón, que divide la existencia entre el teatro y los *cafés-conciertos*, institución del siglo XIX, condenada por inmoral en edictos de los Emperadores romanos. El número de aquellos zánganos, egoístas, inútiles á la Patria, no se ami-

noró á causa de los ataques de Pereda, pero, en cambio, aumentó el número de los lectores, y el de las lectoras sobre todo. En otra obra, Pereda, acentuando la tesis de Feuillet, nos pinta, con acentuado vigor, las incertidumbres de una novia, que acaba, con el corazón hecho pedazos, por rechazar la unión con un hombre incrédulo y hostil á las creencias de la prometida. Allí no hay nada insípido, nada dulzarrón; el estilo es enérgico, y desgarrador el drama.

Después del autor de *Sybille*, el de *Raymonde* (André Theuriet). En *El sabor de la tierruca*, Pereda adoptó el género pastoril, pero no el convencional de Garcilaso, sino el fresco, el copiado del natural; y allí lo siguió, con fervor creciente, el favor del público. Así como Flaubert pintó la Normandía; Erckmann-Chatrian, la Alsacia; Theuriet, el condado de Bar en Lorena; Maurice Barrés, el centro de la Provincia lorenese, así Pereda tomó por asunto su querida tierra santanderina. Allí hay cuadros de la naturaleza, idilios que tienen el inmenso mérito de no sujetarse á los desastrosos tipos de Boileau en el *Arte Poética*, afectos verdaderos, personajes humildes, heroínas no contagiadas de falso clasicismo. No hay variaciones sobre *el problema social*, ni ejercicios de digitación literaria, ni tesis á *grande orquesta*: Teócrito puro—no los imitadores serviles de Teócrito—reina como amo y señor.

La crítica de pormenor, con su habitual perfidia, ensalzó al autor como pintor descriptivo de primer orden, pero tuvo cuidado—¡cómo no!—de negarle el dón de combinar una trama, de hacer mover los personajes. ¿Delille? Por supuesto, y con creces. ¿Balzac? Ni por asomo.

Tal ha sido siempre la táctica de aquella nueva legión de Marte, despreciada por Cicerón, compuesta de todos los envidiosos de las glorias nacientes. Aplauden los talentos del principiante en algún género de menor importancia, lo proclaman hipócritamente estrella de primera magnitud en aquel cielo de una vara en cuadro, pero le niegan

todo derecho á asomarse siquiera al resto del firmamento literario. Así, cuando se estrenó *Hernani*, los pseudo-clásicos declararon con unanimidad conmovedora que Víctor Hugo era el primer lírico de Francia, pero dramático.... Musset, admirable en la poesía ligera, ¿con qué derecho escribía *Les Proverbes*? Que se contentara con *Baladas á la luna*. Los caracteres de bayeta se pliegan ante semejantes ataques. Pereda, al verse sitiado, no enarboló bandera blanca. Los ataques de los envidiosos le templaron la voluntad y le hicieron poner el rumbo en nueva dirección. Le negaban el derecho de salirse de los linderos regionales; querían hacer de él un novelista de campanario. Acordándose del refrán *hombre prevenido vale por dos*, quiso mostrar sus habilidades para la novela mayor, y de allí salió *Pedro Sánchez*, amplio y vivaz cuadro de la revolución de 1854.

“La novela está escrita en forma autobiográfica. Pedro Sánchez es un montañés que, á los veinte años, parte candorosamente á Madrid, á caza de aventuras, fiado en vagas promesas de un político, que le da al llegar con las puertas en la cara. Desengañado el provinciano, embriagado con el ambiente de la capital, hácese periodista, orador de club, héroe de motines. Triunfante la revolución, le da un puesto de gobernador de provincia. Cásase el flamante repúblico con la hija del personaje que lo había rechazado. Disgustado de la política por la pérdida del empleo, y de Madrid por desgracias conyugales, sale de España á tentar fortuna por fuera, y torna viejo y desengañado al terruño natal, donde ya nadie le conoce siquiera.” (1)

El libro de Pereda viene á la misma conclusión que el *Rabagas* de Sardou. ¿Cómo, en pos de tantos engaños, prestar fe todavía á las parlas de los cleontes que emborran al pueblo con las maravillas de la edad de oro, sin más condición sino que les den una cartera de ministro ó un contrato ocioso y lucrativo? Con todo, ni los cuadros

vivos y palpitantes del gran novelista, ni sus consejos, ni la moral que se desprende sin esfuerzo del libro sirvieron gran cosa á los españoles. ¿Quiérese la prueba? En 1883 los pronunciamientos de los cuerpos *Covadonga* y *Santiago*, en Badajoz; del regimiento de *Numancia*, en Santo Domingo; en 1886 la inolvidable insurrección de Cartagena.

Ya dijimos el motivo que impulsó á Pereda á lanzarse en un género más vasto que el cultivado por él á los principios; lo aplaudimos, pero sintiendo que el autor, justamente picado en el amor propio, hubiera recogido el guante. Si, apoyado en la conciencia de su mérito, hubiera tenido el valor de contenerse dentro de los límites del mar cantábrico y de la intensa psicología y los admirables caracteres de la provincia nativa, ¿qué habría resultado? Su fama habría tardado algo más en llegar á los cultivados talentos madrileños, en hacerse notar por las revistas y los diarios que distribuyen gloria y ventas de librería; pero habría quedado de un metal más resistente. Expliquémonos.

La posteridad es *monista*; necesita de un rótulo, pero de uno solo. Al estudiar reputaciones múltiples, la diversidad de las obras le hace desviar los músculos motores de los ojos, lo que produce fenómenos de extravismo. Para evitarlo, no gusta de fijarse sino en un objeto. Tratándose de pocos personajes que descuellan sobre la humanidad entera, consiente en algunas excepciones. En el caso de Flaubert, digamos, ¿cómo lo llamará: el autor de *Salambo* ó el de *Madame Bovary*? Quizá simplifique diciendo: el creador del tipo de *M. Homais*.

Eternamente la posteridad recordará al oír el nombre de Copée, el gitanillo Zanello, y no parará mientes ni en *Pour la couronne*, ni en *Pater*, ni en *Luthier de Vérone*. No sabemos cuál será el juicio definitivo sobre Pereda; pero nos hubiera gustado que fuera el novelista de la España setentrional, de la España de Santander, como su in-

(1) Boris de Tannenberg. *Ecrivains castillans*.

comparable, inigualable predecesor es el novelista (épico) de la Mancha.

Pues bien, este voto nuestro ha quedado cumplido en parte por Pereda en una novela en que ha pintado las costumbres de los pescadores santanderinos. El libro titulado *Sotileza* alcanzó éxito increíble en España, y, admírese el lector, en Santander mismo. Excepción es ésta que confirma la palabra evangélica: "Nadie es profeta en su patria." El Cabildo de Santander—no es invención nuestra—al abrir una línea nueva de bulevares, le dio el nombre de *Sotileza*. Existe en Santander la *Rambla de Sotileza*!

En Francia no hemos acertado con nada semejante. ¿Existe acaso en la tierra natal de Loti un *boulevard Mme. Crysanthème*; en la de Zolá, un *carrefour Post-bouille*; en Bar-le-duc, la *rue Mlle. Grignon* (1); en Charmes, el *Squarre des Déracinés* (2); en Ruán, el *quai Salamó* (3); en Berny, la *place Rome et Lorette* (4); y en la cuna de Ohnet, el *impasse du Maître de forges*?

Sin que la califiquemos de complicada, la novela habría admitido muchos desarrollos; no porque muestre un arte inexperto todavía, no porque tenga interés febril; sino porque nos brinda certeza de que el novelador, si hubiera querido, habría sido uno de los reyes del folletín á centavo. Porque allí se encuentran todos los tipos á que nos tienen acostumbrados Ennery, Bouvier, Richebourg, Montclerc, Dubut de Laforest; á saber, una huérfana, llamada Silda, una madrastra, pescadera de mejillas rojo curado, y lo demás de la cara pergamino viejo; un clérigo más bueno que el pan, más olvidado de sí mismo que nosotros de los negros de Angola; tan caritativo como un presbítero de las catacumbas; varios mozos, de contrarias clases sociales, enamorados de la huérfana; y un tipo muy curioso, aun-

(1) Novela de Theuriot.

(2) Obra de Barrés.

(3) Novela de Flaubert.

(4) Obra maestra de Luis Veuillot.

que muy poco original, el de Muergo, contrahecho, feo, como Cuasimodo, y que, como el campanero de Nuestra Señora de París, siente los efectos de una pasión sin desenlace posible.

Los críticos han alabado la energía de muchas escenas, la elocuencia sin artificio de otras, la riqueza de colorido con que resplandecen varios cuadros de costumbres.

No obstante es de sentirse que el autor, en más de una página, se haya dejado resbalar en ciertos pormenores, más crudos de lo necesario; y no haya conservado las graves bellezas de aquel idioma, respetuoso del público, de que se había servido hasta entonces. Pero no censurámos á Pereda: quiso él, haciendo un ligero sacrificio al naturalismo, señalar la fecha de su libro. Sin indicación bibliográfica, nuestros biznietos adivinarán que *Sotileza* se escribió á fines del siglo XIX, *regnante AEmilio Zola*.

A *Sotileza*, en que algunos han encontrado analogías con los asuntos tratados por el autor de los *Pescadores de Islandia*, siguió, en 1888, una novela, *la Montálvez*, cuyo tema es, como en Bourget, el estudio de las costumbres propias del mundo en que se toma té á las cinco de la tarde. Observa M. de Tannenberg que el pintor de los marinos de "color de hígado con grietas, ojos pequeños y verdosos, de bastante barba, casi blanca, muy mal nacida y peor afeitada siempre, y tan recia y arisca como el pelo de su cabeza, en la cual no entraba jamás el peine y muy rara vez la tijera," no era la persona más autorizada para viajar por las comarcas en que las camisas se lavan en agua del Támesis, huelen los personajes á crema de almendras y son los héroes del romance, súbditos del rey Cottlón.

Entendámonos. Porque Pereda viviera en una ciudad de provincia, porque le repugnara frecuentar los salones aristocráticos, ¿por eso no fue capaz de pintar la vida elegante, la vida de ociosidad y *sport*? ¿Qué iniciación se requiere para que un hombre se admira en estos Compiegnes

en miniatura? ¿Cuántas veces hay que tomar *consommés à la Rachel* ó *spoomes au vin de Samos*, para conocer el alma de la señora Duquesa de Alcántara ó de la señora Marquesa de Alcornoque? ¿Será imposible penetrar en el alma de aquellas criaturas elegidas, sin conversar con ellas en el rincón adornado de azaleas y de rosales *enanos* de matices diversos y encontrados? ¿No pueden estudiarse las pasiones del alma, sin subir por amplias escaleras de encina adornadas con retratos pintados por Gainsborough y Reynolds?

Para llegar al corazón femenino, laberinto en que se perdieron Shakespeare y Racine, Prévost y Goethe, Kock y Stendhal, no es preciso que la mujer esté vestida con traje color de gacela meditabunda, plegado á modo de acordeón, ni se requiere que trascienda á las emanaciones "paradisíacas" de *Cycleoman-Bouquet*; ni que se sienten en "lindas confidentes, cubiertos de cojines de plumas y forradas en terciopelo de Génova." Si así fuera, los lacayos de las condesas sabrían más sicología que Platón y Malebranche.

Pereda habría podido responderles á todos estos críticos: el alma de la mujer es la misma, con sus celos, odios, pasiones, remordimientos, coqueterías, astucias, amores sublimes, virtudes heroicas, en la pelirrubia del Norte y en la morena andaluza, en la aldeana y en la reina, en la pastora de los Alpes y en la doctora de la Universidad de Groninga. Pero resolvió Pereda callarse, y ganarse un nuevo triunfo con la publicación de *La Puchera*.

Pintó allí las costumbres de aquella parte de Santander que colinda con su hacienda de Polanco, compuesta de labradores y pescadores. De allí dos series de descripciones distintas: unas que recuerdan el *Frère Yves*; otras, las mejores páginas de *François le Champi*. Entre las escenas de labranza, pueden citarse como modelo las páginas en que Pereda nos muestra á un mozo aldeano, robusto y tímido, que envía las horconadas de yerba á la moza de quien está enamorado, encaramada en lo más alto del carro,

Abajo él, Pedro Juan, con la tabla del abovedado pecho y la cerviz hercúlea, tan blanca como el pecho, al sol, lo mismo que la cabeza y los brazos hasta el codo, porque de cintura arriba no llevaba otro atavío que la camisa con las mangas recogidas, y la pechera abierta de par en par; de cintura abajo, unos pantalones de mahón y una faja negra para sujetarlos sobre las caderas. Ella recibía arriba las horconadas que él le enviaba desde abajo; y al ver cómo Pilara las cogía casi al vuelo y las iba acaldando en dos meneos, picábase Pedro Juan y doblaba la carga de horcón; pero ella la recibía lo mismo que las otras, sin que volara un pelo de yerba por los aires, y por mucha prisa que se diera el cargador, siempre hallaba á la acaldadora esperándole con los brazos abiertos y retozándole la risa placentera en los alegres ojos y entre los menudos dientes blanquísimos.

¿Qué superioridad la del autor español sobre cierta poesía francesa, titulada *La Rentrée des foins*, y de que es autor M. Ach. Millien! Allí se describe una siega, que lo mismo pudo tener lugar en Italia en tiempo de Augusto, que en los Estados Unidos reinando Mr. Roosevelt. Y aparece una heroína segadora, Magdalena, que no se sabe si es bonita ó fea, morena ó rubia, triste ó alegre. Si el autor quería que nos fuese simpática, ¿por qué no tuvo la bondad de *presentárnosla*? Nadie ama lo que no conoce: *ignoti nulla cupido*.

Regla es ésta, y regla esencial del arte de escribir, observada íntegramente por el novelador español, á quien bastan pocas líneas dignas de los Goncourt ó de Maupassant, para pintarnos de cuerpo entero el "cargador" ó la "acaldadora." Los cuadros de Pereda son minuciosos como uno de la escuela flamenca, como *la Rixe* di Meissonier. No hay que buscar en ellos la elegancia soberana, aunque un poquillo ficticia, de las obras maestras de Leopoldo Robert; el asunto no se presta á tales embellecimientos artificiales. Para describir un montañés cantábrico y su novia, no se emplea el idioma de los palacios, sino el len-

guaje, rebosante de franqueza y sabor, de los descendientes de aquellos feroces cántabros, únicos que resistieron á César después de la ruina de Numancia. Juzgue el lector por el pasaje siguiente :

—¡ Pedro Juan !

—¿ Qué quieres ? respondió el mozo.

—Ponte por este lao,—le dijo Pilara.

Pedro Juan se puso donde Pilara quería : junto á la rueda derecha del carro. Allá arriba, enfrente de él, estaba Pilara recogiendo las faldas contra los tobillos y mirándole con los ojos llenos de travesuras inocentonas.

—¿ Qué vas á hacer ?—le preguntó Pedro Juan.

—Voy á bajar por aquí,—respondió Pilara acurrucándose junto al borde de aquella montaña de yerba.

—¿ Por qué no abajas por la rabeña, como siempre ?

—Porque me da la gana de abajar por aquí hoy....

—Güeno. ¿ Y qué quieres que haga yo ?

—Que me aguantes.... si eres quién pa ello.

—¡ Eso sí, coles !—exclamó Pedro Juan largando á escape la ahijada.

Temblaba por adentro de puro gusto y de sorpresa el hijo del Lebrato. Jamás habían tocado sus manos ni el pelo de la ropa de Pilara, y ahora se le iba á ir encima Pilara en carne y hueso, entera y verdadera. “ ¡ Coles, qué barbaridá de suerte ! ” No se paró á considerar si sería ó nó capaz de resistir en el aire aquella mole. Se creía con fuerzas para mucho más.... Esparrancóse y se afirmó bien sobre los pies, escupiéndose las manos, levantó los brazos y los ojos hacia Pilara, y la dijo, pálido de entusiasmo :

—¡ Echate sin miedo, recoles !

Pilara se refa como una boba, y no sabía cómo lanzarse por aquel precipicio abajo.

—¡ Mira que peso mucho, Pedro Juan !—le decía.

—¡ Aunque pesaras más de otro tanto, Pilara !.... Con tal de ser tú lo que me caiga encima, aquí hay aguante para ello.... Echate de cualesquier modo, ¡ pero échate, recoles !

—¡ Pos allá voy !

Y Pilara se lanzó.... no sé cómo ; pero sé que cayó en brazos de Pedro Juan, sin que los brazos se doblaran, ni los pies se movieran del sitio en que parecían clavados ; que un moflete de Pilara resbaló por un carrillo del atleta ; que éste cerró los ojos como si en aquel instante relampagueara ; que el roce y el calorillo y el olor de la moza le emborracharon, y que en medio de aquella borrachera fulminante, en los breves momentos en que estuvo su boca tan cerca del oído de Pilara, introdujo en él estas palabras, encanecidas ya en la punta de su lengua :

—¡ Pilara !.... ¡ Dende aquí á la iglesia á que nos case el señor cura !.... ¿ Consentirás en ello ?

Y Pilara, que se vino al suelo, pero á pie firme, en el instante de recibir este disparo á la oreja, contestó á Pedro Juan, mientras que un dedo meñique mataba las cosquillas que le habían hecho las palabras en el oído :

—¡ Cuánto hace ya, hijo de mi alma, que podíamos estar de güelta ; á no ser tú tan como eres !

—¿ Eso es decirme que sí, Pilara ?—se atrevió á preguntar Pedro Juan, temblando de gusto.

—¡ Y con alma y vida, bobón !—le respondió ella mirándole mimosona.

Obligación es del crítico mezclar á lo dulce lo amargo, y para cumplir con ello tenemos que observar que bellezas de este género no faltan en la literatura francesa del siglo XIX ; y que si alguien se tomara la pena, mejor dicho, se diera el gusto de exhumar ciertos libros injustamente olvidados, encontraría los prototipos de Pereda en *Valentine* y *Mauprat* de Jorge Sand ; Octavio Feuillet y Theuriet nos presentarían algún idilio igualmente lindo y no menos fiel sobre costumbres aldeanas.

El enorme talento de Pereda encuentra en las descripciones la materia más propicia ; por instinto halla el epíteto pintoresco, el pormenor que pone las figuras de relieve, para que los personajes no resulten muñecos, ni sombras chinescas, ni siluetas sobre fondo gris oscuro. Al principio de *Pedro Sánchez*, novela escrita en forma autobiográfica, se suceden los cuadros, rivalizando entre sí en

variedad, ironía delicada, gracejo sin pretenderlo y *parecido*. Sí, afirmamos que aquellos cuadros son idénticos al original, que jamás hemos visto. No se puede ser tan *verosímil* sin ser *verdadero*. Véase, si no, el cuadro siguiente, que Saudeau habría reconocido por suyo:

Llegó al fin el momento de decidirme, y dos días después el de sacar del fondo del baúl los trapitos de cristianar; meter, "por si acaso," una muda de mi padre y otra mía en la maleta; colocarla en el arzón trasero de la vieja silla de *borrenes*, puesta ya sobre el hirsuto lomo del manso tordillo del cura; cabalgar de un salto, mientras mi padre, con sombrero de felpa, alto y bien armado, corbatín de raso negro, larga levita verde-botella y botas de media caña, puesto el pie izquierdo en el estribo, pasaba con alguna dificultad su pierna derecha por encima de las vacías alforjas atadas sobre la grupa de su peludo rocín, harto de roer los helechos de la sierra; dar su adiós de despedida á los curiosos que nos contemplaban, y salir del pueblo sacando lumbres de los morrillos de sus callejones con las herraduras de los jamelgos.

Al leer las anteriores líneas, se pregunta uno si no conocía ya aquel modo de narrar en que lo natural se junta con lo jocoso apenas disimulado, y que le hacen recordar los primeros capítulos de la obra maestra de Lesage. ¡Curiosa coincidencia! Las analogías con *Gil Blas* van apareciendo más de bulto á medida que uno adelanta en la lectura de la novela de Pereda (1).

De seguro el autor contemporáneo, con su lealtad admirable, no ha querido plagiar á su antecesor ilustre. Pero nada tan instructivo como la necesidad que sienten dos escritores, separados entre sí por dos siglos, de emplear

(1) El novelista español de fines del siglo XIX recuerda al francés del siglo XVII. Este tomó su asunto de los novelistas picarescos españoles de las dos centurias anteriores. El *Lazarillo de Tormes* recuerda el *Asno de oro* del romano Apuleyo; éste copió su asunto de los griegos... éstos, vaya usted á saber de dónde. Siempre la palabra del Espíritu Santo, por boca de Salomón: *Nihil sab sole novum*. N. del T.

dos estilos gemelos, en lengua diferente, para mover personajes tan españoles el uno como el otro.

Es hecho notorio que, si Pereda lo hubiera pretendido, se habría puesto entre los príncipes del teatro español. *Pedro Sánchez* nos brinda un ejemplar del aventurero bohemio, rival del Jérôme Paturot de Luis Reyband, quien al día siguiente de llegar á Madrid, con todo el pelo de la dehesa, se halla, gracias á un amigo, de director de la parte literaria de un diario de oposición. Comienza el crítico novel por los libros recién publicados, á la buena de Dios, á la si pega, á tontas y á locas. Así no se puede seguir: el *Fleur* de Larouse le brinda lo que falta: "*Temo á los Dánaos, aun cuando ofrecen dones; ¿Podéis contener la risa, amigos?; amigo de Platón, pero más de la verdad; mientras seas feliz, tendrás numerosos amigos, etc.*" Truena contra los aristarcos, aunque ignora si Aristarco sería griego ó egipcio, si haría harengas ó vencería á los bárbaros. Sube en su erudición hasta el siglo XVII, llega á Francia y cita el *Qu'il mourût* de Corneille. Por lo demás, juzgue el lector por sí mismo en vista de la cita siguiente, en que el personaje pinta los afectos de su alma cuando por vez primera, él que no había estado en más misa que en la miserable iglesia de su villorrio, asistió en día de fiesta solemne en la suntuosa catedral de Santander:

Comenzó la misa y ya el ir venir de los canónigos arrastrando las negras colas; el solemne y ostentoso ceremonial del presbiterio; los preludios del órgano; las nubes y el olor de los incensarios agitados por los inquietos monaguillos vestidos de rojo y blanco, y la templada luz que se descomponía en todos los colores del prisma al atravesar los vidrios de las ojivas, imprimieron un nuevo rumbo á mis ideas, sacándolas de sus ordinarios y naturales cauces. Después, á medida que la misa adelantaba, crecía la fuerza de mi atención, porque nuevas ceremonias y no soñadas impresiones la sorprendían y la cautivaban, sin poder yo darme cuenta todavía de si aquel arroboamiento en que comenzaba á caer era solamente una inesperada

excitación de mis sentimientos religiosos en ocasión y sitio tan señalados, ó si en él influía también un exceso de curiosidad. Pero llegó un momento en que á las voces estentóreas de los sochantres, y á las atipladas de niños de coro, y al sonar de las campanillas de los monagos, y al cántico trémulo é inseguro del oficiante, se unió el estruendo de toda la trompetería del órgano, formando el conjunto un verdadero torrente de armonías que se desbordaba de las naves del templo y parecía estrellarse en inmensas oleadas contra los fustes, y saltar en ecos resonantes desde los mármoles del pavimento hasta los rosetones de las bóvedas. Entonces sentí un extraño cosquilleo que se deslizaba por todas las fibras de mi cuerpo; perdí la noción racional de cuanto tenía delante y derredor de mí; hundí la cabeza en el pecho; parecióme que los haces de columnas se alargaban y crecían hasta perderse de vista, diáfanos y aéreos, y que la tempestad de sonidos se extendía por todo el espacio hasta llenar los ámbitos del mundo, como la voz terrible de Jeovah...; y LE VI, SÍ, LE VI flotando sobre nubes de incienso y de armonías, entre las desvanecidas bóvedas del templo, y LE sentí en mi corazón y en mi conciencia, y crecieron en ella las más leves faltas hasta la magnitud de enormes culpas, al ardor de la fe que también crecía en mi pecho; humillé mi cabeza.... (creo que toqué con la frente el duro mármol en que se hincaban mis rodillas); negóse mi labio trémulo á pronunciar las plegarias que salían de mi corazón; brotaron mudas lágrimas de mis ojos; y al verme en presencia de juez tan grande y majestuoso, avergonzóme la altura del suelo que me sostenía, y envidié la obscuridad y bajeza del mísero gusano que se arrastra bajo las costras de la tierra.

Para apreciar el anterior fragmento en lo que vale, conviene haber leído la página en que Jouffroy narra aquel drama desgarrador la noche que se persuadió de haber perdido para siempre la fe que le había iluminado en la infancia. La página de Jouffroy es malsana, la de Pereda es saludable contraparte de la anterior; el pensador ecléctico corrompe, el novelista católico levanta. Y eso porque en vez de desplegar un muestrario, pasado de moda, de fórmulas sofisticadas, nos deja oír el canto de alegría de una

alma cierta de que "las fatigas precedentes serán seguidas de inalterable reposo."

Poetas, novelistas, dramaturgos, luchan á porfía por dejar en sus obras un tipo, un personaje vivo, que dure más que las modas, que resista á los embates del tiempo. Pereda lo ha conseguido, no una sino muchas veces. Los lectores de *Sotileza*, verbigracia, no olvidarán jamás al *Padre Polinar*. Un misionero á su modo, más infeliz, más digno de lástima que los que predicán el Evangelio á tribus de antropófagos. Tiene que habérselas con salvajes, con *raqueros*, con mendiguillos abandonados, desnudos, groseros, pervertidos, término medio entre el hombre y el muergo ó la llubina. Les enseña, como puede, las verdades fundamentales de la religión y de memoria las oraciones del cristiano; pero no obstante tener la paciencia de un santo, ó de muchos santos juntos, obtiene respuestas como las que siguen:

—¿Cuántos dioses hay?

—Pues habrá.... respondió el interpelado, volviendo á cruzar los brazos atrás,—á todo tirar, ocho ó nueve.

—¡*Resurge de profundis!* ¡Animas benditas! ¡qué pedazo de animal!.... ¿Y personas cuántas?

—¡Personas!.... ¿qué son personas, usté?

—¡San Apolinar bendito!.... ¿conque no sabes qué son personas.... lo que es una persona?.... ¿Pues, qué eres tú?

—¡Yo! yo soy *Muergo*.

Así se explica el inofensivo y superficial humor bilioso del Padre Polinar, y le perdona uno que trate á sus discípulos de "alcornoques, y que los despida descerrajándoles cuatro improperios y media docena de latines." ¡Ah Padre Apolinar, tan bueno, tan abnegado, tan santo de veras! El modo como le regaló sus calzones á un bribonazo de aquellos es inenarrable.

Hay que agradecerle á Pereda el que haya resistido al ejemplo de Dumas hijo en los *Dramas* y los *Prefacios*, y no se haya lanzado á velas desplegadas en la novela de

tesis. No olvidemos que Pereda es católico á macha martillo, y que, lejos de disimular los colores de su bandera, la despliega á todo trapo en el tope de su navío. Pereda, como Paul Féval, deja soplar el aire más puro al través de todas sus novelas. Entre otros méritos tiene el de presentar siempre al sacerdote católico como es; al contrario de ciertos novelones franceses é ingleses, en que aparece falsificado y antipático.

¿Quiere el lector conocer personalmente al eminente escritor? M. Boris de Tannenberg nos lo pinta así:

“Pereda tiene unos sesenta años; alto, avellanado, con aires distinguidos y nobles en toda ocasión. La cabeza hace recordar los retratos de Velásquez; provoca verlo de golilla y chambergo de plumas. Es Pereda, como muchos españoles, un *causeur* incomparable; tiene la facilidad y la elegancia, el período oratorio, el gracejo fino y discreto, el epíteto pintoresco, la frase inolvidable, la anécdota regocijada y profunda.”

España! tierra clásica del honor, nación de vitalidad irreductible, rica en heroísmos sublimes! Sientes en ti todo el ardor vigoroso de una sangre que hierve cuando se habla de justicia y libertad; vibras hoy con la exaltación del triunfo, y mañana, con la filosofía, que no es la menor de tus fuerzas, aguardas con estoica impavidez que ruede la fortuna; sabes, cuando es preciso, envolverte con majestad en el orgulloso silencio del vencido, y luego arrosas al coloso germánico, infatuado con sus victorias. España, patria de la fe ardiente, de las procesiones encantadas, de las místicas catedrales oscuras, de las peregrinaciones, de los milagros, patria del Cid, de Santa Teresa, de Lope y de Murillo. Salve! *Salve magna parens virum.*

